

Sin embargo, el duque le puso al corriente de todo, y luego le dijo:

—Si la separación se consuma ahora, cantaré la verdad, esto es, deshonraré á la hija de usted; pero si no se efectúa hasta después de haber nacido el fruto que aquélla lleva en las entrañas, la perdonaré y la dejaré libre, y la sociedad no sabrá nada de lo ocurrido.

El primer impulso que sintió el padre de Anita fué acabar con la vida del hombre que de tal suerte le hablaba; pero era preciso evitar el escándalo y la deshonra. Así es que la duquesa vió, cuando menos lo esperaba, á su padre hacer causa común con el duque.

¿Podía la amante de Jaime escribir á éste lo que estaba pasando? No; habría sido demasiado asqueroso. Además, Jaime no lo hubiera creído. Anita prefirió, pues, escribirle que estaba enferma, ganar tiempo, y, cuando Isabel se hubo reunido á ella, fiar en el amor de su amante, pedirle un plazo postrero, durante el cual la naturaleza consumaría su labor, sin pararse en los cálculos inmundos que se basaban en su solución.

Ya hemos visto que todo pasó lo mejor posible. Lo que ahora falta á saber es si, por su parte, Feuill había aguardado con paciencia y si continuaba amando á la duquesa. Poco nos costará el saberlo. Vayamos al encuentro de Jaime.

XXIX

Feuill había cumplido su palabra. Después de haber tomado la nueva determinación de aguardar á Anita y habérselo escrito á ésta, partió, como hemos dicho, para el campo y se consagró al trabajo, que si es una necesidad para el artista en su estado normal, se trueca en consuelo en pos de emociones como las que nuestro héroe sintiera. En medio de su amor, únicamente su talento podía infundirle paciencia, tanto más cuanto de algún tiempo á esta parte había recogido impresiones á las cuales no diera expansión, y que quizás ahora le sería dado formularlas en el lenguaje del arte. Todo artista verdadero es egoísta, y contados son los que no utilizan los gozos y las tristezas de su alma en provecho de su nombradía. ¡Al través de cuántos dolores

es menester con frecuencia que haya pasado el artista antes no consigue producir una obra que todos juzgan verdadera! ¡Ah! el público que la lee ó que la escucha, no sabe que el sin ventura ha dejado en su labor un pedazo de su corazón, quizá el más dichoso, siempre el más puro. A eso el público lo denomina inspiración, y cree que ésta se renueva por el hábito, sin menoscabar proporcionalmente á aquel á quien parece llenar. ¡Qué feliz es el público! Sabed vosotros todos los que pertenecéis á esa innúmera falange llamada vulgo, que el ingenio no suele ser más que el último lamento de un dolor insoportable, y que por nuestra parte no admitimos que un mortal que goce de perenne dicha lleve á ser sinceramente un grande hombre.

Por desgracia, ó por fortuna, el arte tiene sus exigencias, sus celos, su dominación tiránica. Se aviene á consolar, pero á condición de absorber. Él da fama perdurable, pero aquel á quien presta alas no vuelve á la tierra. Es todo, ó no es nada. No es una peregrinación al regreso de la cual, tranquilo y aliviado, puede uno anudar sus antiguos hábitos en el punto en que los dejó. No. Cuando uno pide de veras consuelo al arte, le halla, pero llevado hasta el olvido. Si uno llega á las excelsas regiones del arte, y una vez en ellas vuelve el rostro hacia lo pasado, se admira de la pequeñez y mezquindad de las cosas terrenas á que viviera sometido, y no piensa ya en regresar á ellas más que no pensaría en volver á este mundo un alma que hubiese gozado de la posesión del cielo y de la vista del Omnipotente. A proporción que se va avanzando en el arte, se dilatan de tal modo los horizontes, se ensanchan de tal suerte las sendas y el ambiente se hace tan vivaz, que el alma adquiere necesidades desconocidas de espacio, independencia, soledad é inmensidad, y se ahogaría como se viese obligada á circunscribirse á una sola de las estrechas pasiones que en otro tiempo le bastaban. Así es que las decepciones del artista no engendran el dolor, sino el desaliento, ese quid sin consuelo, esa muerte gradual del hombre.

Hasta el día en que Jaime conoció á la duquesa, fué hombre de talento, pero como los hay y los habrá siempre en abundancia, como pueden serlo todos con alguna aplicación, juventud, disposición y sentimiento. Ya hemos visto, al principio de su agradable y distinguida carrera, qué importancia tomó de improviso aquel amor en su existencia, de

qué manera relegó al segundo término un talento tan poco seguro de sí mismo, y cómo la amorosa llama fué invadiéndole más y más. Hasta que murió en ella la última esperanza, las alegrías, los temores, las preocupaciones y los peligros habían llenado, conmovido, sacudido y trastornado aquella alma, lo mismo que el viento invernal hace con el árbol á que arranca las hojas: luego sobrevino una como postración, hasta que por último una carta de la duquesa reanimó un tanto al sin ventura. Jaime buscó en torno de sí algo que le ayudara á pasar los seis meses que todavía le separaban de su amante, y por fin halló, como único apoyo posible, el trabajo, descuidado hacía mucho tiempo. Si vale decir la verdad, Jaime, al anudarlo, no vió en él más que una ocupación mecánica, una distracción indispensable, una manera de abreviar las horas, y aun durante los primeros días la labor se le hizo tan pesada y dificultosa, que con frecuencia dejó su retiro para irse á vagar por el bosque ó para venirse á París en busca de una distracción estrepitosa.

Todas las mañanas Feuill escribía á Isabel, pero los días se sucedían con lentitud, y aun se entregaba con frecuencia á la desesperación al pensar en el número de horas que debían transcurrir antes de que pudiese ver de nuevo á la duquesa.

Una noche, Jaime asistió á una representación que de *Guillermo Tell* dieron en la Opera. El teatro, pese al calor sofocante que hacía en él, estaba de bote en bote; y no es mucho exigir el que una obra maestra haga olvidar á dos mil personas una temperatura de veinte grados sobre cero.

El lector no habrá olvidado que ya otra representación de la mencionada ópera había desempeñado un papel en la vida de Jaime, pues la noche de aquella representación fué cuando, después de haber asistido á ella con Carlota y haber visto en un palco á la duquesa, ocurrió el lance de que dató su amor.

Aparte de su melodía intrínseca, cada nota del *Guillermo* tenía, pues, para nuestro espectador, un hechizo que no tenía para los demás, el hechizo armonioso y melancólico de una alegría perdida.

Al salir del teatro, Jaime regresó á pie al campo, es decir anduvo unas dos leguas; y es que sentía necesidad de fatigarse, de esparcir por el fresco y manso ambiente de la

noche los recuerdos y las armonías que llenaban todo su ser. Aquel fué el comienzo de su transformación. Nunca, como entonces, conoció de modo tan evidente su inferioridad, su incapacidad en el arte. Los inefables goces que sintiera al escuchar aquella grandiosa y magnífica epopeya musical, diéronle á comprender cuán profundos, cuán celestiales debió sentirlos el maestro al componerla. Entonces se planteó á sí mismo esta tesis:

—¿Si cuando conocí á la duquesa hubiese yo estado componiendo el *Guillermo Tell*, me habría entregado tan fácilmente á este amor? Me parece que no. Si el día en que la duquesa me escribió que partía, se hubiese dado la primera representación de una obra mía tan importante como esa, ¿hubiera yo emprendido el viaje? No. Luego existe algo más grande que el amor.

Y hondamente conmovido aún por la majestad de aquella música á la que á menudo oyera, pero á la que por primera vez comprendía claramente, halló tan pequeña la pasión, comparada con el numen, como se hallara él á sí mismo frente al maestro.

Desde aquella revelación empezó la verdadera labor de Jaime; desde aquel día germinó en su pecho el consuelo real con la ambición de convertirse á su vez en maestro. Admitió para él la posibilidad de emprender obras de más alientos que no hiciera hasta entonces, y los seis meses que le faltaban pasar antes de ver nuevamente á la duquesa, y que se le antojó debían ser interminables, de pronto le parecieron plazo brevísimo, como pudiese desenvolver las nuevas ideas de que acababa de recibir la iniciación.

Al poner manos á la obra, casi con pasma halló en su inspiración acentos rotundos, enérgicos, potentes, por él ignorados hasta entonces, expresión fácil de un alma virilizada por el dolor. Su talento, iluminado y moldeado por sus emociones íntimas, tomaba color y contorno, sin que él supiera á punto fijo qué hacía ni se fatigara con esfuerzos reales. ¿Le perjudicaba esto ó le favorecía? Jaime lo ignoraba. Lo que de positivo había, era que entre él y sus producciones se establecía una afinidad, una simpatía y una solidaridad completas, pero por lazos misteriosos que no le era dado ver ni definir. Feuill asistía á esta metamorfosis como si se hubiese operado en otro. Lo que ahora emanaba de él, no lo había tenido hasta entonces. De la aridez de su

alma brotaba un manantial maravilloso y fecundo, como el que Moisés hiciera manar de la peña.

Ya en otro tiempo, en las primeras expansiones de su venturoso amor, Jaime me había dicho que se sentía capaz de grandes empresas, pero lo que demuestra que sus palabras no eran más que la farfantonada de la dicha, es que no llevara á cima grande empresa alguna, ó bien, quizá, el amor había efectivamente creado facultades nuevas; pero únicamente la aflicción, la soledad y el recogimiento, que de él fueron la consecuencia, las vivificaron y maduraron. Sea lo que fuere, se operaba la gestación, y Jaime tomaba en los cotidianos descubrimientos que en sí mismo hacía, el interés que un pobre diablo, condenado *per vitam* á un techo de bálago, á la pobreza y al olvido del mundo, se tomaría en recoger pepitas de oro, ó diamantes, descubiertos de improviso en el subsuelo de su pequeño campo y que realmente le pertenecieran.

Pero no basta descubrir, hay que utilizar, reunir las partículas de oro, pulir y tallar el diamante; de no, el descubrimiento es deficiente. Ahí es donde empiezan las dificultades; y Jaime, inclinado sobre los esparcidos filones de su nuevo talento, preguntábase con cierta zozobra, primeramente si eran verdaderamente reales, y luego, qué iba á hacer. De pronto no se sintió con fuerzas para beneficiar aquel hallazgo; temió tomar por ingenio una alucinación calenturienta de su fatigado cerebro, un principio de locura quizá; pero de puro interrogarse sintió, por vez primera, la fuerza de la convicción, y aceptó con ánimo decidido la lucha paciente, misteriosa, extenuativa, del creador con su creación, lucha que consiste en repeler mil veces al caos su obra antes del *fiat lux* definitivo y satisfactorio.

Al mismo tiempo, Jaime estaba alegre y orgulloso de emplear de tal suerte las horas, por Anita. Sí, Feuill pensaba, y con razón, que la duquesa no podía estar celosa de aquel amor, que él no creía aún más que destinado á servir de intermedio al otro; así es que diariamente escribía con candor admirable á su amada los progresos que él hacía y le daba las gracias, atribuyendo á ella, únicamente á ella su inspiración.

«Ya que una fatalidad nos separa, decía Jaime á la duquesa, quiero sacar un bien de esta separación, crear me un renombre digno de usted. Anhele que el amor de usted por

mí halle no sólo en su corazón, mas también en su mente una excusa por los sacrificios que me haya hecho; deseo que en el momento de vituperarla á usted, la sociedad se detenga y diga: «Después de todo, no es un hombre vulgar.» Es seguro que usted va á perdonarme esta ambición, de que usted habrá sido la causa y de la cual aceptará usted el tributo.»

Así transcurrieron tres meses, durante los que apenas vi á mi amigo. Encerrado en su casita, cuando iba á visitarle y le preguntaba qué hacía, contestábame:

—Ten paciencia, día llegará en que lo sepas, y pareceme que quedarás contento de mí.

Pronto, empero, le sucedió lo que él menos podía esperar: por dos ó tres veces, á la hora en que acostumbraba á escribir á la duquesa una carta de la que indefectiblemente y sin vacilar llenaba las cuatro carillas, al tomar el papel para cumplir con tan grato deber, se encontró perplejo, sin saber cómo empezar, en tanto que su inspiración de artista, cansada de esperar mientras él buscaba en su imaginación las palabras de que debía servirse, é irritada de aquella interrupción, le golpeaba furiosamente el cerebro. Entonces Jaime se contentaba con trazar algunas líneas, en las cuales creía verter tantos conceptos como en un libro entero, y volvía inmediatamente á su trabajo. Luego se olvidó de la hora del correo, y dejó por espacio de cuarenta y ocho horas á Anita sin carta de él; pero en honor de la verdad cúpleme decir que al día siguiente se desquitaba escribiendo á su amante las consabidas cuatro páginas.

Sin embargo, hubo semana en que pasó tres días sin escribir una palabra á Anita. Verdad es que le asistía un pretexto para no hacerlo, y es que la duquesa, por su parte, también había hecho un paro en su correspondencia, pero sin culpa, pues lo grave de su enfermedad le impidiera tomar la pluma.

En contestación á la carta en que la duquesa exponía á Jaime la razón de su relativamente prolongado silencio, mi amigo le escribió lo siguiente:

«También le ruego muy encarecidamente que me perdone mi falta de puntualidad; pero un día tras otro aguardaba noticias de usted para escribirle. Por lo demás, tanto si le escribo á usted como no, ya sabe usted que la amo.»

El tiempo seguía su carrera, y Jaime, arrojado de la campiña por el invierno, regresó á París á fines de octubre, con

lo que pudimos nuevamente vernos con frecuencia; y aun vino más de una vez á buscarme para irnos á comer, risueño el semblante y con la mirada altiva y serena.

—Parece que estás muy satisfecho; ¿has recibido buenas noticias? decíale yo aludiendo á la duquesa.

—Siempre las mismas, me respondía Jaime; pero si me ves risueño es porque me satisface lo que he hecho hoy; he trabajado mucho.

Por la noche, mi amigo me dejaba para entregarse otra vez á la labor, al igual que en otro tiempo se separaba de mí para encaminarse á casa de Anita. En una palabra, me admitió en la intimidad de su nueva pasión de la misma manera que me dejara penetrar en el misterio de la otra, y hallé en él, por el arte, iguales entusiasmos y expansiones que por su amante. La única diferencia que entre ambas pasiones existía, estribaba en que en la del arte el gozo era más profundo, más legítimas las satisfacciones y más natural el orgullo. En este amor no podía intervenir nada absolutamente; no había código ni marido que tuviese derecho de represalias sobre aquella casta unión que, por otra parte, no estaba sometida á los vaivenes, ni á los hábitos, ni á los remordimientos ajenos á los amores mundanos. Lo que Jaime me había hecho oír encerraba bellezas de primer orden. Mi amigo entraba ya con menos fatiga en el período ascendente del sentimiento que afluye al talento real, y hallaba en la nueva faz de su existencia esas fruiciones que aíslan definitivamente de lo que el hombre puede haber hasta entonces confundido con la dicha. En pro de la duquesa, hubiera yo preferido ver á Jaime una nueva amante en carne y hueso, á no aquel amor ideal, de que ella no podía estar celosa, porque dejaba á su amado el mérito especioso de la fidelidad. Jaime había emprendido una obra de grandes alientos y que al pasar al dominio del público debía colocarle de un salto entre los más renombrados maestros de su arte. Creyó mi amigo que no acertaría á emprender una obra de bastante empeño para ocupar los seis meses que le separaban de la duquesa, y he aquí que habían pasado cinco y todavía su obra no estaba al fin de su primera mitad. A proporción del trabajo, éste, en vez de disminuir, fué creciendo en importancia, y era probable que exigiese un año para tocar á su término, siendo así que la duquesa debía llegar dentro de un mes. ¿Quién era

capaz de prever los acontecimientos que se originarían de su regreso? Evidentemente llenaría de felicidad á Jaime; pero ¿y si éste interrumpía su comenzada obra? ¿si, después de este paro, se veía en la imposibilidad de proseguir su camino, cuyas jornadas ahora cotidianas y metódicas le salvaban de toda fatiga? ¿si al colocarse nuevamente y de improviso en medio de su senda su vida pasada le ocultase el fin, y le hiciese desviar, ó le volviese estacionario, ó le empujase hacia atrás? ¡Qué! ¿de nada habrían servido aquellos seis meses de trabajo? ¡Qué! ¿debería renunciar á la realización de sueños vislumbrados, y convertirse nuevamente en uno de tantos con la conciencia íntima, pero ineficaz, de que pudiera haber llevado á cima grandes hechos? ¿Después de haber su alma gustado los gozos de la creación, los más grandes y seguros que existen, se contentaría con los goces conocidos de un amor profundo, es verdad, pero del que ya había experimentado y consumido las más hondas emociones? La presencia de su amante completaría su ventura, es cierto; él no renunciaría nunca á la duquesa, cierto también, y si para verla otra vez hubiese sido menester un nuevo sacrificio, lo hubiera hecho, porque la amaba, porque estaba seguro de ella, porque cada una de sus cartas le traía una prueba en que fundar su seguridad; pero Anita era mujer, y no tenía otra ocupación que amar, y quizá no comprendería que, de estar presente, Jaime consagrara la mitad del tiempo á un trabajo que no debía servir más que para matar las horas eternas de su separación momentánea. Además, ¿tendría él la fuerza necesaria para abandonar su labor? ¿No se había ésta convertido en parte integrante de su existencia? ¿Su corazón y su cerebro, su amor y su imaginación no habían firmado una alianza tan estrecha, no estaban tan íntimamente ligados, que se había hecho imposible desunirlos y aun deslindar claramente su individualidad personal en su fusión? Además, el trabajo, atendido el imperio que por la soledad y la pesadumbre tomara sobre Jaime, ¿admitiría al amor por copartícipe de aquella naturaleza joven y fresca de que ya se creía adueñado en absoluto? No, ó la abandonaría como indigna de él. ¿Cómo conciliar tantas exigencias?

¡Ah! ¿cuán provechoso fuera para la unidad de la obra de Jaime el que éste pudiese pasar seis meses más en el aislamiento y la calma! Él no lo desea, porque desearlo sería

una mala acción; pero como Anita le escribiese diciéndole que todavía no puede venir, y solicitara de él un año entero, conoce que se vería con ánimos de acceder á su petición, porque ahora sabe en qué emplear el tiempo; y su amada, al llegar, asistiría al triunfo que él no podría menos de conseguir, y comprendiendo más claramente por el resultado la necesidad que de dedicarse al trabajo tenía su amante, ella sería la primera en alentarle en esta vía.

Jaime se hacía estas reflexiones en las horas mismas en que debía consumarse un gran acontecimiento en la vida de la duquesa, en el momento en que ésta debía echar al mundo el fruto de su amor, ó quizás estaba moribunda.

Dos semanas hacía que mi amigo no escribiera á Anita.

¿Cómo pasó tanto tiempo sin hacerlo? ¿Estaba, por ventura, quejoso de ella?

No, pero absorto en su trabajo, los días volaron con la rapidez de los minutos.

Por fortuna todavía faltaba un mes, y podía escribirle, como en efecto lo hizo, dirigiéndole una extensa carta, quizá la más extensa que hasta entonces le había dirigido, y en la cual, entre otras cosas, decía á su amante:

«Cuidese usted mucho, pues los disgustos que ha pasado usted y el embarazo pueden haber alterado su salud, que no consiento la arriesgue por mí. Deseo verla á usted nuevamente, pero la amo á usted demasadamente para exigir, en el estado en que usted se halla, una exactitud que sería, no ya egoísmo, sino crueldad. Vivimos juntos en espíritu y por este lado nada es parte á separarnos. Si es menester que aguarde por más tiempo, aguardaré. Lo porvenir nos pertenece; no lo arriesguemos, pues, en una precipitación que podría sernos fatal. La naturaleza tiene leyes inflexibles, y hay que hacerle las concesiones que reclama. ¡Ah! al pensar en las fatigas y en los peligros que deberá usted pasar para venir á mi encuentro en esta estación rigurosa, me estremezco. Escríbame usted lo más á menudo posible, no le pido á usted más; y si el médico le ordena á usted el reposo, por nuestro amor haga usted lo que él le ordene. Quizá no pueda usted tomar la vuelta de París hasta la entrada de la primavera. Por favor se lo ruego, tenga usted confianza en mí para pedirme un nuevo plazo si le es á usted indispensable. La salud de usted es mi vida. No olvide usted que si le sucediese á usted una desgracia yo moriría de resultas.»

Según todas las probabilidades, la duquesa no recibiría la precedente carta, que no debía llegar á Abany hasta algunos días después del alumbramiento; y ya hemos visto que aquélla estaba firmemente decidida á ponerse en camino al día siguiente, pese á los ruegos y súplicas de Isabel, y á dar una sorpresa á Jaime volviendo á su lado antes del término convenido. Pero al día siguiente le fué imposible levantarse, pese á todos sus esfuerzos; habíase apoderado de ella la calentura, y por espacio de cuarenta y ocho horas el médico la tuvo por difunta. Con todo esto triunfó la voluntad de vivir, y, como sucede en las crisis violentas, la convalecencia fué tan rápida como el ataque. Mas para que la convalecencia fuese eficaz, para precaver una recaída que ahora sería mortal, el médico pidió, á lo menos, un mes de asiduos cuidados, y se opuso terminantemente al viaje.

Isabel, sin hablar palabra de ello á la duquesa, había escrito á Jaime una carta haciéndole patente tal necesidad, carta que se cruzó con la de que hemos dado á conocer el final y que trajo á mi amigo una respuesta preventiva y tal como él la *esperaba*; la *esperaba*, sí, y no retiremos el verbo, por más que sea un poco cruel.

Jaime contestó á Anita una carta lo más consoladora posible; pero al ver que tenía tiempo por delante, se enfrascó más y más en su trabajo.

Habíamos llegado á mediados de diciembre, y Jaime, ya por necesidad de reposo, ya porque le cosquillearan los remordimientos, ó bien porque lo pasado le atrajera, hizo una como peregrinación á San Claudio, adonde, un año hacía, fuera con la duquesa. Quizás al volver á los sitios que él y su amada visitaron juntos, se propuso darse á sí mismo la medida de los cambios que un año pudo efectuar en él, y ver si hallaría impresiones iguales á las que allí dejara.

El parque era el mismo que un año antes; persona alguna habría dicho que por allí había pasado un estío; todo ofrecía el mismo aspecto; tan sólo que la duquesa no acompañaba al meditabundo y solitario peregrino.

Jaime, durante las dos horas que permaneció en el banco en que él y su amada se sentaron uno junto á otro, creyó sinceramente que nada en el mundo sería capaz de reemplazar en su mente el recuerdo de aquella mujer, cuyo nombre incrustado en la piedra, le sonreía como si hubiera

sido trazado un minuto antes. Allí, en medio de aquella soledad, de sus hondas impresiones y de sus recuerdos, nuestro artista sintió otra vez el fuego de la poesía, y compuso una oda en que resumía todas las esperanzas, todas las amarguras, todos los desfallecimientos que pasara durante aquel año.

Dos días después que hebe recibido la oda de mi amigo, fui á pasar la velada con él, y mientras sentados juntos á la lumbre removíamos tales recuerdos para hacer brotar de ellos algún calor y algunas chispas, le dije:

—Los versos que me enviaste están llenos de sentimiento; puede que nacieras poeta.

—No; porque aparte de la doble impresión que me ha dictado esas dos odas, sería incapaz de componer un dístico.

—¿Luego sientes cuanto has vertido en tus últimas poesías?

—Lo siento.

—¿Sigues amando á la duquesa?

—¡Y cómo no!

—¿Y te llenaría de júbilo su regreso?

—Sí.

—Pues poco tiempo te falta aguardar, ya que á lo sumo debe encontrarse en París á fines del corriente.

Jaime no me había hablado de la carta en que dejaba á Anita la libertad de prolongar su ausencia.

—¡Ah! profirió mi amigo no regresará tan pronto.

Entonces le interrogué y me lo refirió todo.

—¿Quieres que te hable con franqueza? dije á Feuil mirándole con fijeza.

—Di.

—Para ella, y quizá también para ti, sería una fortuna el que no volviérais á veros nunca jamás.

—¿Por qué?

—Porque ya no la amas bastante.

Mi amigo se levantó sin pronunciar palabra, y después de dar algunos paseos por su cuarto, se detuvo ante mí diciendo:

—Te engañas, no he dejado de amarla.

—Has necesitado reflexionar para darme esa contestación.

—Es que en verdad, profirió, hay momentos en que no acierto á explicarme qué me pasa. Viví tan aprisa mientras ella estuvo aquí, ha transcurrido tanto tiempo y mi vida ha

tomado un rumbo tan distinto desde que ella se fué, que á las veces dudo de si es sueño ó realidad lo que ha pasado, y al recordar que no es sueño, no sé si valdría más que lo fuera.

—Lo cual quiere decir, repuse, que podrías vivir sin este amor, cosa que no habrías admitido un año atrás. Si ahora debieses empezar de nuevo...

—Es cierto; quizá no lo haría.

Otra vez guardamos silencio.

—Supongamos, dije á mi amigo, que ahora recibieses una carta de Anita, en la que ésta te pidiera que te pusieses nuevamente en camino; ¿partirías?

—Sí, respondió Jaime sin titubear.

—¿Por amor verdadero ó por delicadeza?

—Partiría, y nada más.

Jaime hubiera preferido que yo no siguiera adelante en mis interrogaciones.

—¿Le has enviado tus últimos versos? le pregunté.

—¿Para qué? estas cosas las hace uno para sí.

—Es verdad.

Era media noche, y aparte del monótono ruido de la lluvia, no llegaba á nosotros más rumor que el seco tris tras del péndulo y el silbido de los tizones que en la chimenea ardían.

En esto llamaron á la puerta de la calle, y luego oímos como aquella se cerraba con estrépito, cual si á la persona que acababa de entrar le hubiese importado un bledo la hora y sueño de los demás vecinos.

Jaime, al oír el aldabazo, hizo un gesto maquinal, como si involuntariamente hubiese sentido en una parte sensible de su ser, en el corazón por ejemplo, la repercusión del aldabazo.

—Ya es hora de que me vaya; adiós, dije á mi amigo.

—¿Cuándo volveremos á vernos?

—Uno de estos días.

Tomé mi sombrero, y en el preciso instante que me disponía á salir del aposento, llamaron fuertemente á la puerta del piso.

—¿No es aquí donde han llamado? me preguntó Feuil estremeciéndose.

—Sí, pero ¿qué te pasa? parece que te has turbado. Ve á abrir.

—Se habrán equivocado de puerta; no aguardo á persona alguna á estas horas, contestó Jaime.

El cual se encaminó sin luz á la puerta de la habitación, mientras yo prestaba oído atento.

La escalera estaba completamente á oscuras.

—¿Quién está ahí? preguntó Feuil con voz temblorosa.

—Abra usted, soy yo, respondió una voz de mujer.

—¿Cómo! ¿usted, Isabell!

—Yo misma.

—¿Cuándo ha llegado usted?

—Hace diez minutos.

—¿Y la duquesa?

—Le está aguardando á usted.

A esta noticia, mi amigo y yo habríamos lanzado una voz de contento, si la entonación con que Isabel profirió sus últimas palabras no hubiese encerrado no no sé qué lúgubre.

—Apresúrese usted, dijo la de Norcy, no podemos perder minuto.

Entonces me acerqué á Isabel y le tendí la mano.

—¡Ah! ¿es usted? me dijo aquella estrechando la mía.

—¿Qué pasa? pregunté en voz queda á la recién llegada, mientras Jaime se vestía.

—Una cosa siniestra, me respondió Isabel. Véngase usted con nosotros y verá.

Bajamos, y á la luz del peristilo noté la palidez de la de Norcy, la fatiga de su semblante y el desorden de sus vestidos. El viaje había sido rápido y penoso.

Tomamos cada cual asiento en el coche que aguardaba á la puerta de la calle, y desde la casa de Jaime á la de la duquesa no cruzamos ni una palabra; y es que si uno temía interrogar, el otro temía aún más el ser interrogado.

En verdad, la situación era solemne, y confieso que mi egoísmo se sobreponía á mi curiosidad; hubiera preferido encontrarme en otro sitio.

Por fin llegamos.

Jaime, al acercarse á aquella puerta de la que tantas veces cruzara los umbrales con emoción muy distinta de la que ahora le señoreaba, sintió ahogos; y es que en el momento de entrar le flaqueó el ánimo.

—Isabel, murmuró mi amigo estrechando la mano de

aquella, es seguro que ha sobrevenido una desgracia. Dígame usted qué pasa.

—No perdamos tiempo, repuso la de Norcy, ya lo verá usted.

Las contestaciones de Isabel encerraban alguna dureza.

Una vez en casa de Anita, la de Norcy y yo nos quedamos en el salón.

—Vamos á ver, dije á mi interlocutora, ahora que estamos á solas, ¿puedo saber lo que pasa?

—Jaime la ha matado, me respondió Isabel.

—¿Jaime?

—Sí, señor.

—¿Y eso?

—La duquesa, en el período de la convalecencia y después de haber luchado á brazo partido con la muerte, á ruego de su padre y mío y ante las seguridades que yo le di de que Jaime la amaba como en otro tiempo, había consentido en cuidarse hasta fin de mes, cuando recibió de aquél una carta en la que venía á decirle que no le apresuraba el verla de nuevo, y, de consiguiente, que retardase su partida todo el tiempo que le pluguiera. Tal retentimiento, dado antes de que ella lo solicitara, la trastornó de modo indecible. Anita creyó ver en él el desamor de Jaime, y aud se dió á entender que éste amaba á otra mujer y prefería no verla nunca más á ella. En efecto, aquella carta era por demás menguada. Los celos se apoderaron de la duquesa, y, perdido el tino, nada fué parte á detenerla, á impedir que se pusiera inmediatamente camino de París. De habernos nosotros opuesto formalmente á su partida, ó se habría suicidado ó hubiera muerto loca. Cuando abandonó el lecho y tuvo que mantenerse en pie, se sintió mal; pero no por eso desistió de su empeño, y partió á pesar de la nieve, de los rigores del frío, de estar intransitables los caminos y de su calentura de leche que en algunos momentos la hacía desvariar. Ya en Viena, al bajar del coche tuve que sostenerla, pues le era imposible andar á causa de habersele paralizado del todo las piernas. Yo, al ver el aflictivo estado en que la pobre se encontraba, le rogué que se quedara por algunos días en aquella capital; pero se opuso redondamente á ello, y proseguimos nuestro viaje hasta Colonia, donde me vi obligada á hacerla transportar de una estación á la otra. Si

usted la hubiese visto, parecía un cadáver; no le quedaba más que la palabra, y desde Bruselas...

En esto oímos una gran voz en el aposento de la duquesa, y el que la había proferido era Jaime.

Huelga decir que Isabel y yo acudimos volando á aquel aposento.

—¿Qué había pasado?

Al entrar Jaime adonde Anita, ésta, pálida como el mármol, y vestida de blanco, estaba tendida en un sofá, con una almohada bajo la cabeza, en la inmovilidad de una estatua sepulcral y con los brazos tendidos á lo largo del cuerpo. Sus pequeñas manos, blancas como la cera purificada, eran más albas que el vestido sobre que descansaban. Al ruido que Jaime hizo al entrar, Anita volvió la cabeza en la dirección de aquél, y por sus nacarados labios vagó una sonrisa de inefable dicha, que le hizo palpar sus grandes ojos, en los que titilaron dos brillantes lágrimas. Esta fué la única señal de vida que dió su cuerpo.

—¡Anita! ¡Anita! exclamó Jaime abalanzándose á ella, cayendo de rodillas y acercando á sus labios una de las manos de la duquesa, has vuelto, bendito sea Dios.

Pero al mismo tiempo mi amigo contemplaba con espanto la mano de que asiera, que permanecía más helada que la nieve y blanda como una colcha, al contacto de sus labios, y á pesar suyo la soltó. Aquella mano, que continuaba semejando un pedazo de nieve intacta, cayó pesadamente y chocó con el piso, sin que, al parecer, Anita experimentase sensación alguna, ni advirtiera que le arrastrase por el suelo.

—¡Señor! ¿qué pasa? exclamó Jaime.

Y apoderándose nuevamente de la mano de la duquesa, se la sacudió con fuerza, á riesgo de lastimarla y hasta el punto de conmover todo el cuerpo de la desdichada; pero Anita, con los ojos siempre fijos en él, lo miraba sonriendo, cual si no la hubiese tocado.

Jaime sintió miedo, y colocando otra vez y suavemente sobre el sofá la mano de su amada, puso la suya sobre el corazón de ésta. El corazón seguía latiendo. Después posó los labios en los labios entreabiertos de la duquesa, cuyos ojos se le velaron por un instante al influjo de inefable bienaventuranza; pero ni una palabra profirió su boca. Entonces Feuil la abrazó y la oprimió contra su pecho, ma-

sintió que aquel cuerpo carecía de fuerzas, y vió que los brazos que él querría haber visto enlazados á su cuello permanecían inmóviles y colgantes. De los labios de la duquesa no se apartaba la sonrisa ni sus ojos dejaban de mirar con indecible amor.

—¡Anita! ¡Anita! repetía Jaime, temeroso de perder la razón, por Dios, hálame.

Todo en vano.

—¿Acaso has dejado de amarme? decía Feuil arrodillándose otra vez y besando en medio de un raudal de lágrimas los cabellos de la infeliz. ¿Qué te he hecho? Te he aguardado, no he dudado nunca de ti, y sólo á ti he amado en el mundo. No, ya no volveremos á separarnos nunca jamás. Tú me lo prometes y yo te lo juro. Si sufres, dímelo. Dios es misericordioso, y querrá que al calor de nuestros cuidados te recobres. Anita, por favor, una palabra.

La duquesa continuaba guardando un silencio de muerte.

Entonces Jaime se hizo un poco atrás, miró con fijeza el rostro de Anita, y parecióle que la respiración de ésta iba siendo más lenta por momentos y que los párpados iban cerrándole poco á poco y como á la influencia del sueño, los ojos, cuya mirada no se apartaba de él, hasta que por fin esta mirada se apagó por completo.

Nada viviente quedó ya en la espantosa inmovilidad de la duquesa.

—¿Duermes, Anita? profirió Jaime; por favor, despierta, abre los ojos.

¶ Pero los de la joven permanecieron cerrados.

¶ Feuil puso por segunda vez la mano sobre el corazón de su amada; pero éste había dejado de latir.

¶ Entonces fué cuando oímos aquella gran voz, parecida á la de un alma que se despedaza, y cuando Isabel y yo acudimos volando al aposento de Anita.

Jaime estaba desmayado.

La duquesa cumplió su juramento; regresó, pero á costa de su existencia.

Hace dos años que Jaime ha vuelto de Italia, cuyo clima era el único que podía restablecer su quebrantada salud, y ha traído consigo una obra admirable, acabada en la soledad, y cuya más hermosa inspiración es hija de su dolor más profundo.

Mi amigo, al llegar, estaba cambiado; pero tenía la testa pensadora, la fisonomía grave y la mirada triste y penetrante que nos halaga ver en aquellos á quienes su ingenio hace superiores al común de los hombres.

Quizá Jaime se ría aún, pero nunca estará alegre; puede que tenga amantes, pero ya no volverá á amar.

Ojalá viva largos años; pero lo positivo es que su vida la llenará un solo recuerdo.

Empapado en las impresiones que me causara esta dolorosa historia, durante la ausencia de Jaime la escribí, y á su regreso se la di á leer.

—Imprímela, me dijo mi amigo, es verdadera, y probará una vez más que los amores ilegítimos tarde ó temprano se estrellan contra una imposibilidad, á no ser que el hombre y la mujer carezcan de corazón.

De cuantos personajes han desempeñado un papel en este libro, el único con quien Jaime ha continuado tratándose es Isabel, con la cual, en su retiro definitivo en el campo, pasa días enteros hablando de Anita, y á quien contaba un día, en mi presencia, que al regresar por Florencia le habían ofrecido presentarle á una dama francesa, recién llegada, muy á la moda y de encumbrado linaje. A lo cual él había respondido que no iba á parte alguna, pero que si querían decirle cómo se apellidaba la susodicha dama.

—La condesa de Wine, le respondieron.

Carlota había puesto el epitafio de condesa á su reputación muerta en Francia, y la había ido á resucitar á Italia.

En cuanto al duque, ha heredado de su tío, y su hijo goza de perfecta salud.

Me habría placido conocer al niño aquel, pero su padre no se movía del extranjero.

Si van ustedes á Baden, encontrarán allí seguramente á Vladimiro, á quien el gobierno ruso ha rogado que fuese lo menos posible á Rusia, y que ha escogido para su residencia habitual é indispensable la capital del juego.

Denle ustedes la mano, si bien les parece; pero, créanme ustedes, no jueguen con él á las cartas.

1851
CATHIA ALFONSINA

